que hay sueños que se acercan mucho á la realidad?

— ¡Pts! — exclamó desdeñosamente Zeno — son muy raros.

— Menos de lo que usted cree... puesto que los míos son de estos.

— La verdad, no lo sabía.

— ¿Quiere usted que se lo pruebe? — preguntó Bathilde, lanzándose precipitadamente hacia el mueble que contenía la cinta que ella le había visto llevarse á los labios.

Pero el caballero llegó antes que ella.

IX

AMOR Á FUSTAZOS

Hubo un silencio, durante el cual Bathilde y Zeno se medían de arriba abajo con los ojos.

Éste, colocado ante el mueble, impedía que su amante se acercase.

— ¿Qué quiere usted hacer, Bathilde? — preguntóle titubeando, porque harto sabía lo que aquélla quería.

— ¡Toma! — repuso ésta riendo sarcásticamente — quiero ver si por casualidad es mío el pañuelo del cuello encerrado ahí.

Decididamente, ya no debía fingir más el caballero; su amante había sorprendido — sin saber él cómo — los besos dados al adorno de Marina.

Entonces, tomó Zeno el partido de hacerle frente.

— ¿Por qué no podría ser suyo? — preguntó á su vez irónicamente.

— De eso precisamente quiero asegurarme.

— ¿Para qué? Sobrado sabe usted que no puede ser de otra — repuso el caballero, con el mismo acento de ironía.

De pronto subió la sangre al rostro de la señorita Wendel.

— ¿Por qué obstinarse en ocultármelo? — preguntó estremeciéndose.

— ¿Ocultárselo?... ¡La verdad, me hace usted reír!... ¡Sólo los niños ocultan sus juguetes!

El seno de Bathilde palpitaba fuertemente.

— Querido caballero — dijo realizando esfuerzos para contenerse — esa resistencia es, en efecto, una verdadera niñería. Vamos, si no es más que un ligero pecadillo, se lo perdonaré, ya que le amo y que soy su prometida.

El italiano se atusó el bigote.

Debía de estar acostumbrado á dejarse adorar, porque recobrando confianza, contestó con brutal descaro:

— Para mi gusto, hermosa mía, tiene usted algunas pulgadas de más en el talle; mi flaco son las mujeres delgadas.

Bathilde trató de sonreír, porque sentía verdadera pasión por aquel hombre, que, como la mayoría de los cobardes, hallaba amargo placer en torturar á quien se le había entregado.

Continuó:

— Además, si me he comprometido á casarme con usted, ha sido con una condición.

— ¿Cuál?

El caballero soltó el trapo á reír.

— ¡*Diavolo!* — exclamó — ¿pierde usted la memoria? Esa condición es harto importante, para olvidarla: usted no debe ser señora de Zeno, hasta haber heredado á la condesa de Nevers.

Bathilde padecía; pero sorprendíase más que se indignaba.

— Usted quiere aparecer más malo de lo que es — murmuró ella mordiéndose los labios. — Pero, volvamos á lo que nos ocupa y no tergiverse usted...

Quiero ver inmediatamente ese pañuelo.

Esta insistencia turbó al italiano.

— Querida Bathilde — dijo, cambiando súbitamente de sistema, permítame decirle que en este momento, está usted obrando muy ridículamente.

Por una brujería que no acierto á comprender, me ha visto usted besar un pedazo cualquiera de tela, y, de tan simple acto, deduce usted en seguida que le he dado una rival.

Pero, razone un poco, por favor.

Supongamos que el objeto que tanto le atormenta no le pertenezca; ¿cree usted que, antes de conocerla, no me ha honrado con sus favores ninguna persona de su sexo?

¡Pues bien! ¿Por qué no ha de proceder ese pañuelo, de una de esas antiguas... amigas, y por qué no lo habré yo besado en un arrebato de ternura retrospectiva?

Este razonamiento no carecía de lógica.

Sin embargo, no podía convencer á Bathilde, en

vista de que las palabras pronunciadas por Zeno durante el sueño, y que no sabía éste que las oyera su amante, le revelaban unas relaciones recientes, ó á lo menos ella las creía así.

Por otra parte, tenía pronta la réplica.

— Bueno. Admito esa explicación — dijo, conteniéndose y deseando ver hasta dónde llegaba la astucia del italiano. — Pero, en ese caso, ceda á mi capricho y enséñeme la tela.

— No — repuso Zeno, á quien tal terquedad exasperaba; — estos son recuerdos de que un hombre galante no puede disponer, y si no hubiese usted sorprendido ese secreto, hubiéralo ignorado siempre.

Temía que Bathilde se acordase de haber visto el pañuelo en los hombros de la obrerita á quien la marquesa de Verteuil había autorizado á trabajar á su lado.

Pero la Wendel había esperado ya demasiado y agotábasele la paciencia.

El italiano, creyéndola convencida y pensando que ya nada podía temer de ella, habíase apartado un poco del mueble, y se disponía á cogerla por la mano para sentarla junto á sí en el canapé, cuando, antes que él pudiera oponerse, precipitóse la joven hacia el cajón, lo abrió y sacó de él el tan codiciado pañuelo.

— ¡Por fin! — exclamó — aquí está ya tan dulce recuerdo.

Hizo silbar su fusta para mantener al caballero á respetable distancia y palidecieron sus mejillas al contemplar su hurto.

Era éste un pañolito de seda en el que no se veía ninguna marca particular.

— En verdad — dijo con voz alterada — comprendo que le tenga usted cariño...

¿Habrá cubierto el seno de alguna duquesa ó marquesa, no es eso? ¡Ah! señor embajador, ¡tiene usted gusto para elegir sus conquistas... le felicito!

Y volviendo en todos sentidos el pañuelo:

— Pero ¿en dónde están las armas de la noble dama que lo ha poseído?... Generalmente, estas chucherías llevan los blasones de sus propietarias.

Es singular... no veo nada... absolutamente nada...

¿No procederá, este precioso recuerdo, de alguna criatura de poco más ó menos?

— ¡Démelo en seguida!... — ordenó Zeno avanzando un paso hacia su querida. — ¡Devuélvamelo inmediatamente, ó me obligará á quitárselo por fuerza!

Estaba furioso.

Su pasión por Marina era real, y aunque para satisfacerla hubiese apelado á medios infames, no por eso subsistía menos intensa en él.

Por eso le exasperaban las injurias de Bathilde.

Además, como ya hemos dicho, temía que ésta reconociese el pañuelo como de pertenencia de la hermana de Felipe y que, más afortunada que él, llegase á descubrir su retiro y la hiciera sufrir su resentimiento.

Afortunadamente, Bathilde de Wendel se acordaba muy poco de la joven obrera, á quien, por otra parte, no hizo más que entrever en casa de la señora de Ver-

teuil, y era de esperar que no recordase los vestidos que llevaba.

— ¡Devuélvame ese pañuelo!... — reiteró Zeno — de lo contrario, se lo repito, usaré la violencia para apoderarme de él.

Y al mismo tiempo, alargó la mano para quitárselo.

Pero Bathilde estaba prevenida.

La verdad es que parece usted interesarse demasiado por este trapo para que yo se lo devuelva — repuso con voz temblona por efecto de la cólera.

— ¡Tenga cuidado, Bathilde!... — amenazó el veneciano. — ¡Tenga cuidado!... ¡Usted lo habrá querido!...

— ¡Ah! ah! — exclamó la Wendel, con pérfida risa — ¿quiere emplear contra mí la fuerza? ¡Qué defensor tan ardiente tiene en usted la señorita... la señorita Marina!

— ¡Marina!... ¿Marina ha dicho usted?... ¿Luego la conoce?... — exclamó el caballero horrorizado por esa revelación, y representándose en seguida á la niña agarrada con su querida.

En efecto, no podía él sospechar que había pronunciado ese nombre mientras dormía, y poco le faltaba para tomar á Bathilde por una verdadera bruja.

La joven contestó.

— No la conozco; pero puede usted estar seguro de que no tardaré en conocerla y de que pagará cara su tontería...

— No saldrá usted de aquí con ese pañuelo.

— ¿Luego confiesa usted, señor embajador de Venecia?... ¡Pues bien! sí, saldré de aquí con el pañuelo, y me servirá mucho para mis pesquisas.

— ¡Por la sangre de Cristo! — juró Zeno — ¡acaba usted por enojarme! En mi casa, hago lo que se me antoja, y recibo á quien me da la gana, sin tener que dar cuentas á nadie.

¿Tendré que pedir á Vd. permiso en lo sucesivo?

¡Corpo di Bacco! Creo que soy dueño de mí mismo.

Bathilde tardó algo en responder.

Estaba herida en lo más recóndito de su naturaleza orgullosa.

De pies á cabeza agitábala un escalofrío de vergüenza y rabia.

— ¡Ah! ¡ah! — murmuró entre sus dientes, convulsivamente apretados, porque acababa de recordar súbitamente el nombre de la obrerita que había visto en casa de la señora de Verteuil, y empezó á iluminarse su imaginación. — ¡Ah! ¡ah! ¡esa tiene precisamente la estatura que á usted le gusta!...

¡Ah! ¡ah! ¡es cómico y halagüeño! ¡Yo, Bathilde de Wendel, tengo por rival á una obrera!

¡Ah! ¡ah! ¡y se atreve usted á confesarlo!

Á decir verdad, no sabía el caballero lo que hacer, y no estaba del todo tranquilo.

Bathilde se alzaba ante él, altiva, dominadora, y él la miraba abajo, como hacen los niños con las personas mayores.

No obstante, continuaba hablando sarcásticamente, pero su sarcasmo parecía fingido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Caballero — continuó la mujer, con el acento del juez que lee una sentencia, — ¡ha faltado usted!... ¡Y miente al decir que es dueño de sí mismo!

¡Miente con descaro, porque yo le he pagado y el único dueño aquí soy yo!

— *¡Per totos Santos!* — exclamó Zeno sublevándose — ¡Eso es demasiado!... ¿Que ha pagado, dice?

Pero, sea usted sensata, querida: es usted demasiado pobre para llegar á mi precio.

Yo no me vendo por cantidades dadas á cuenta, y el mercado es nulo hasta el momento en que nos unamos después de la herencia.

— ¡Lacayo de Italia! ¡cobarde y ladrón! — gruñó Bathilde. Luego, añadió, en voz más baja:

— ¡Tenga usted cuidado á su vez porque, para nuestra desgracia, le amo aún!

El embajador de Venecia, que vivía como simple aristócrata en Montmartre, había oído perfectamente el triple insulto lanzado por su vengativa prometida; sin embargo, á no ser por la expresión verdaderamente amenazadora que el rostro de ésta adquiría, no se hubiera él conmovido mucho.

Bathilde tenía la boca contraída violentamente; los ojos, medio cerrados, adornábanse con un círculo azulado, y entre los párpados veíanse surgir resplandores rojos, análogos á los que, en tiempo de tempestad, proyectan las pupilas de las fieras.

Ahora, en vez de amenazar, poco le faltaba á Zeno para suplicar.

Ya no pensaba en reconquistar el pañuelo, primera causa de la disputa, y decía para sus adentros:

— He hecho mal en no ponerla al paso en seguida... Va á obligarme á hacerlo...

Bathilde repetía con voz que apenas se entendía, pues casi se apagaba en su garganta:

— Ha faltado usted... ¡Créame, pida perdón!

— ¡Demonio! — replicó Zeno — Sus grandes aires son muy divertidos; pero no oportunos...

¿Quiere usted un consejo?

Conténtese con lo que acaba de coger, no abuse más de mi paciencia y vuélvase al hotel de Nevers, si no quiere que le ocurra algo malo.

El frío furor de la joven no podía aumentar.

Esa última bravata pasó, pues, por su mente sin herirla.

Guardó el pañuelo de seda en un bolsillo y adelantó un paso.

— Caballero — dijo con voz hueca, — le amo más de lo que usted cree. Después de su cobarde acción, sería mi deber abandonarle á sí mismo... No tardaría en perderlo todo: condición y fortuna.

Pero soy buena y prefiero castigarle para no dejarle caer abajo de la cuesta.

Mi tutor me había aconsejado domesticarle.

Era lógico... y voy á empezar.

Al hablar así, estaba bella, bella y soberbia como el león que va á rugir.

Tenía el rostro teñido en púrpura; sus hermosos cabellos, sueltos por un esfuerzo invisible, ondulaban

por su cabeza echada hacia atrás, como si los agitase la tormenta.

Daba tanto miedo verla, que el primer impulso de Zeno, perdiendo la poca seguridad que le quedaba, fué marcharse prudentemente al otro lado de la mesa.

Silenciosa ahora, arrastrando los pies por el suelo á la manera de la tigre que persigue su presa, continuó acercándose á él.

Crispada su mano derecha en el puño de oro de la fusta, agitaba la flexible varilla con movimiento muy amenazador.

Es de presumir que Zeno adivinase su intención, porque una palidez mate invadió su rostro, y sus ojos buscaban instintivamente un arma para protegerse contra aquella mujer, cuya tranquila cólera le inspiraba indescriptible espanto.

Al principio no creía en la inopinada rebelión de la que él consideraba como su esclava.

Pero, ahora, ya no dudaba.

Tras él, de la parte baja de una panoplia, pendía una daga de Milán, arma fina, hábilmente templada por esos sabios armeros de Italia que, en el último siglo, contrabalancearon la secular reputación de las hojas de Toledo y estuvieron á punto de quitar á España ese florón de gloria.

Zeno cogió la daga y púsose en guardia.

Bathilde dejó ver cruel sonrisa.

— No quiero herirle — dijo; — sino sólo señalarle, en recuerdo de la ofensa.

Y cruzó el aire con la fusta.

— ¡Es usted la mujer de Satán! — exclamó el caballero perdiendo la cabeza. — Está usted jugándose la vida; puesto que yo tengo miedo, y cuando éste se apodera de mí, no veo.

Debía de decir una verdad, pues se le notaba en su terrosa faz.

Su armado puño tendíase hacia la señorita de Wendel, y detrás de aquella muralla de acero, no había una sola pulgada de su pellejo que no se estremeciera de angustia.

Y sin embargo, no era cobarde; pero, ante aquella mujer que iba á él, ante aquella mujer más fuerte que un hombre, iba á volverse cobarde.

Ahora bien, sabiendo de todo lo que son capaces los cobardes que las echan de valientes, puede suponerse que también se verifica la recíproca.

Bathilde continuaba acercándose.

El italiano la miraba como si nunca la hubiera visto.

— ¡Váyase! ¡Váyase! — dijo con voz ronca.

Ella soltó una carcajada, sin responder, y, por segunda vez, silbó la fusta en el aire, como un reptil.

Una espuma blanquecina asomó á los labios de Zeno, el cual, con la daga levantada, salió de su barricada para echarse hacia delante.

— ¡Usted lo habrá buscado! — dijo, rechinando los dientes. — ¡Veo sangre!...

Bathilde detúvose, aguardándole firme.

En el momento en que la daga iba á caer, el puño del veneciano fué envuelto por la parte flexible de la fusta,

y el arma que aquél tenía, arrancada violentamente de entre sus dedos, fué á romper el espejo de la chimenea cual si fuera lanzada por una honda.

Desarmado y loco de terror empezó á huir Zeno.

Vengativa como su madre, cuya ardiente sangre tenía, y como su padre, ebrio de la fría venganza del Norte, que nunca perdona, perseguíalo Bathilde.

Los muebles caían en torno de ellos.

Por fin lo alcanzó la joven.

— Hace falta una marca para que usted se acuerde — dijo Bathilde, cogiéndole por el cabello.

Zeno dejó de defenderse y gimió :

— ¡ Esta mujer es el diablo !

Pero cayendo por casualidad su mirada, que él trataba de desviar, sobre su querida, en vez de la maldición que su garganta quería vomitar, balbució, admirado :

— ¡ No sabía que era usted tan bella, Bathilde !

Esta era inexorable y no podía dejarse enternecer.

Imitando á la justicia que lee la sentencia del condenado, antes del suplicio, dijo con calma implacable levantando la fusta :

— Ya sabe usted que se castiga según se ama, caballero. Yo creo amarle mucho, y usted me ha ofendido dándome por rival una simple criatura...

El castigo estará á la altura de la ofensa.

Zeno no trataba siquiera de resguardarse. Era un lobo convertido en perro fiel, pues sus labios buscaban la mano que iba á herirlo.

Blandida en el aire, cayó la fusta en el rostro del

caballero, cuya mejilla derecha quedó rayada por un chirlo ensangrentado.

Un estertor de dolor contestó al golpe, y acaso iba Zeno á levantarse para herir á su vez, cuando una voz seca y grave se alzó en el silencio.

— ¡ Cómo ! ¡ Cómo ! — decía esta voz — ¿ Se están dando explicaciones ? Juegos de manos, juegos de villanos ¿ no lo saben ustedes ?... — Un estilete por un lado, una fusta por otro... he ahí lo que puede llamarse amor...

Bathilde y Zeno se irguieron simultáneamente, volviéndose hacia la puerta del cuarto, en cuyo umbral aparecía un anciano de elevada estatura, que les contemplaba á uno tras otro, con mirada muy burlona.

— ¡ El señor Giam Batista ! — dijo el caballero.

— ¡ El señor de Peyrolles ! — dijo al mismo tiempo Bathilde, lo suficientemente bajo para que no la oyera el veneciano.

— ¡ Llego á tiempo para poner paz ! — exclamó el intruso ; — porque, la verdad, tienen ustedes un modo poco agradable de besarse.

Cogió una silla que por casualidad había quedado en pie, instalóse cómodamente en ella sin que nadie se la ofreciese y dijo, sonriendo :

— Les buscaba á ustedes, hijos míos, y me alegro encontrarles siempre de acuerdo.

Si no tienen frases amables que cambiar, dejarémonos de fruslerías, para hablar razonablemente los tres.